

Pero llegó la época de los lances; es decir, comenzó a soplar el viento seco de que antes hablaba, y D. Ursulo á ponerse nervioso y á sentir escarabajos en la delicadeza.

—No sé qué tengo—decía él estrujando con furor el papel secante.—Hoy estoy rabioso.

En aquel momento, un escribiente de la clase de últimos dejó caer sobre el callo de D. Ursulo una salbadera.

—¿Bárbaro!—gritó D. Ursulo empujando al escribiente y haciéndole chocar contra una taquilla.

—¿Yo bárbaro?—exclamó el subalterno.

—Sí, señor; más que bárbaro.

—Me dará usted una satisfacción.

—No quiero.

—Pues la exijo.

—Vaya usted á freir espárragos.

Quedó concertado el lance para el día siguiente, y D. Ursulo se presentó en el café aquella misma noche con un ojo revuelto.

—¿Con qué esta mañana, eh?—le preguntaban sus amigos.

—Sí, esta mañana.

—¿Ha salido usted herido en el ojo? ¿Sería con la punta del sable?...

—No, señor, como batir no nos hemos batido, porque la cosa se arregló por la buena—dijo D. Ursulo limpiándose el ojo.—Esto es cosa de mi mujer.

—¿Cómo?

—En cuanto supo que venía del terreno del honor se puso furiosa, y como tiene aquel genio tan vivo, me tiró al ojo el frasco de la bandolina.

LUIS TABOADA.

GALDÓS Y LOS EPISODIOS

Con hervores de sangre moza y alientos de juventud lozana, el insigne Galdós ha vuelto al campo de la novela histórica, enriqueciendo las letras castellanas con una tercera serie de episodios que no cede, en verdad, pujanza y colorido á las dos anteriores.

Maravillosa, sublime labor la de Galdós describiéndonos los más grandes hechos, los más gloriosos sucesos de este siglo. En todos los episodios vibra grande y potente el espíritu nacional; la pluma de Araceli ya nos conmueve describiendo con sublime sencillez y con hermosa sobriedad aquellas terribles horas de angustia en el glorioso cuanto desgraciado combate de Trafalgar; ya en cambio nos deleita y nos seduce relatando con malicia picaresca y sutil ingenio las intrigas cortesanas y los enredos palaciegos en aquella tristísima época en que el pueblo español, dormido su patriotismo y ahogado el espíritu de su raza, sufría con paciencia y mansedumbre todas las insolencias de los Bonaparte y las debilidades indignas de Carlos IV.

En esta lucida serie de episodios vemos el despertar grandioso de un pueblo, asistimos á los épicos sitios de Zaragoza y Gerona, admiramos la figura del Empeinado y otros grandes guerrilleros, y por fin y postre abandonamos en «La Batalla de Arapiles», último esfuerzo de España, á Gabriel Araceli, que al dejar la espada tomó la pluma para relatarlos con sencillez de soldado los heroicos esfuerzos, las abnegaciones sublimes, el espíritu, en fin, de aquel pueblo de manolas y chisperos que con tan gallarda pluma nos describió el insigne sainetero D. Ramón de la Cruz y con tan vivos colores pintó el inmortal Goya.

Abandonando la guerra consagró Galdós la segunda serie de sus episodios á la pintura fiel y exacta de las luchas políticas, desde 1813 á 1834, terminándola, como dice Menéndez y Pelayo, en los sangrientos albores de la primera y más encarnizada labor, encierra el cuadro de la historia.

Con la gran figura del carlista Zumalacárregui comienza la nueva serie, y con la de Mendizábal la trama novelesca que, como marca de afligrida labor, encierra el cuadro de la historia.

Seguir paso á paso el proceso histórico novelesco de los nuevos episodios, citar pasajes y cantar bellezas, sería harto trabajo y difícil, y sobre trabajo y difícil inútil, puesto que todo español que se precie de amante de la historia y literatura patrias, habrá de saborear con deleite todas las hermosuras de concepto y las filigranas de estilo que avaloran las nuevas producciones de Galdós.

Baste decir que con arte exquisito y suma maestría aparece combinado lo novelesco y lo histórico, lo verdadero y lo ficticio, lo que es copia del suceso histórico y lo que es producto de la imaginación del narrador, y que como río de vena abundante y cristalina que discurre por entre floridas márgenes en los nuevos episodios, la historia corre ya plácida y dulce, ya impetuosa y rugiente por entre las amenazas orillas que la novela forma.

En Zumalacárregui vemos admirablemente deli-

neada la figura del general carlista; en Mendizábal, tan hábilmente Galdós maneja, mueve y entrelaza los episodios y los personajes de aquella época tan fecunda en revueltas y jaranas, asonadas y motines, que el lector sigue sin cansancio hasta el final, admirado del arte y maestría con que le presentan escenas y hechos que aún viven en la mente de muchos; en De Oñate á la Granja es de notar la felicísima descripción de la corte de Oñate y el viaje en la carreta, página que recuerda el inmortal Quijote; en Luchana, con lujo de detalles Galdós describe el memorable sitio de Bilbao, y la musa del insigne novelista tiene tonos épicos y acentos sublimes para cantar la victoria de Espartero; en la Campaña del Maestrazgo, la más preciada joya del aderezo, pinta con felices rasgos la figura de Cabrera; presenta con terrible desnudez todos los horrores de la guerra, mayores en aquella región que en ninguna otra, y después de deleitarnos con las escenas de la venta, dignas de Cervantes, nos conmueve con pasajes tan hermosos como el del fusilamiento, la merienda sobre el campo húmedo de sangre y la confesión y apóstrofe del noble Urdaneta; en La Estafeta Romántica, hábilmente conduce el hilo de la novela, y en Vergara, con trazos vigorosos y satíricos toques, pinta el lastimoso estado de la irrisoria corte de Carlos Isidro, las parcialidades del bando carlista y la arrogante fiereza y la fe victoriosa de Espartero frente al desmayado ánimo y la indecisión constante de Maroto.

Por su castiza frase y su limpio estilo, los nuevos episodios superan á las demás obras de Galdós, siendo de admirar, en los momentos más culminantes, la ausencia de todo lirismo inútil, de toda falsa retórica, de toda prolifa descripción.

La sencillez da grandeza en estas ocasiones, y el talento de Galdós así lo ha comprendido. Para describir los sublimes momentos de Luchana le bastan cuatro pinceladas; para conmovernos con el abrazo de Vergara le sobra una página; en los finales de estas dos obras, la pluma que escribe se convierte en cincel que esculpe. Tres episodios faltan para acabar la serie: Montes de Oca, Las Ayacuclas y Borlas Reales.

¿Terminará con este último la obra histórica de Galdós? Ruda es la labor, difícil la tarea, peligroso el empeño; pero para la imaginación fecunda y la vigorosa pluma del maestro, no hay cima inaccesible ni obstáculo infranqueable.

Páginas quedan en este siglo, de vergüenza las unas, de gloria las otras, pero dignas todas de ser narradas, porque todas juntas demuestran el espíritu del pueblo, con sus grandezas y sus pequeñeces, con sus energías acreedoras al aplauso y sus desfallecimientos merecedoras de censura.

Grandes han sido los desastrosos, terribles los descalabros; pero si el árbol de nuestra victoria no ha vigorizado su savia ni se ha engalanado con brotes nuevos y lozanos retoños, no por eso ha perdido sus antiguos verdores, sus ramas, no se han secado, aún se mantiene erguido.

El árbol de la historia se riega con sangre, y el de la de nuestra patria, con generosidad inagotable, regado ha sido por sangre española.

ENRIQUE DE MESA

INSTANTÁNEA

Galdós en París.

El siglo XVII fué el siglo negro de nuestra Historia: pérdidas de territorio, favoritos incapaces, costumbres depravadas, y, sin embargo, el siglo XVII fué el siglo de oro de nuestra literatura y de nuestro arte...

Si el Conde-duque nos humillaba con sus desastrosos, Velázquez conseguía con su pincel, y Cervantes y Quevedo con su pluma, elevar el nombre de España tan alto como jamás ninguno otro lo estuvo, y al fin conseguimos que la bandera espléndida del arte encubriese los girones que á la de la patria hacían nuestros enemigos.

Algo parecido nos ocurre en el siglo que concluye: perdemos tierras que eran nuestro más preciado tesoro; somos insultados por pueblos fuertes y vigorosos, que unen el nombre del nuestro al de las naciones muertas; la política nos lleva de desastre en desastre; las costumbres no son muy sanas, y, sin embargo, al acabar siglo tan desastroso, un literato consigue con su pluma de oro conquistar París, que intelectualmente vale tanto como conquistar el mundo entero.

Galdós el genial, Galdós el fecundo y maravilloso novelista, rompe la valla de los Pirineos, que para la literatura española casi resulta infranqueable, y consigue ruidosos triunfos literarios en la villa lujosa.

L.

Efemérides literarias.

Moliere.

Nació en París á 15 de Enero de 1622.
Murió en París á 17 de Febrero de 1673.

En los estrechos límites de estas Efemérides literarias, que nunca habrán de ser biografías perfectas, ni críticas acabadas, sino solamente un particular tributo consagrado á la memoria de los hombres ilustres de la literatura, cualquier nombre cabría, tal vez, mejor que el de Moliere; pues tanto lo accidentado de su interesante y novelesca vida, como la extraordinaria riqueza de sus obras, ofrecen material vastísimo imposible de reducir á los confusos rasgos de un informe-bosquejo.

El espíritu del genio resplandeció en el cerebro de este gran hombre desde los tiernos años de su juventud; y aun cuando se dedicó en un principio, con notable aprovechamiento, al estudio de la Filosofía y obtuvo, más adelante, en la Universidad de Orleans el título de Abogado, y se le ofreció también la regalada vida cortesana con el honroso cargo, heredado de su padre, de ayuda de cámara del rey, hubo de renunciar á todo ello, incluso á su mismo nombre, Juan Bautista Poquelin, que cambió por el de Moliere, para entregarse por completo á los azares del teatro, hacia el que sentía irresistible atracción; sin que bastaran á contenerle ni las violentas amonestaciones de sus padres, ni la interminable serie de calamidades é infortunios que padeció cuando pobre, desconocido y hasta humillado á veces, recorrió las ciudades de provincias, erigido en director de una modesta compañía de aficionados y dando representaciones en los castillos, en las ventas y en las granjas, sin otro hogar que la desvencijada y ruinosa barraca que conducía de pueblo en pueblo, ni más abrigo que los andrajosos disfraces que le servían para caracterizar los distintos personajes de su repertorio dramático.

Así empezó su carrera el más ilustre poeta cómico de Francia, universalmente reconocido también como uno de los más notables del mundo. Pero si durante los años de su peregrinación por las provincias vivió desconocido y humillado, no tardó mucho en ser adulado é ilustre; si conecador de la ley del medio en que vivía ó embriagado, tal vez, por las mismas desventuras de su azarosa existencia, se entregó á las licenciosas costumbres de los comediantes de su tiempo, tampoco tardó en normalizar su vida, revelando los preciados tesoros de un sentimiento finísimo, de un corazón grande, como su talento, y un alma siempre pura y delicada; y si comenzó su colosal empresa componiendo para alimentar su repertorio de actor, farsas y enredos del gusto de la época, de las que sólo han llegado hasta nosotros algunos títulos, tales como *Los tres doctores rivales*, *El maestro de escuela* y *El doctor cariñoso*, no tardaron en conservarse sus obras en el lugar preferente de las bibliotecas, considerando cada una como un monumento de gloria de la literatura francesa; horizonte despejado y espléndido, que disfrutó Moliere desde que en 1658 consiguió dar una representación delante de Luis XIV, que en alto grado complacido por el actor-poeta, le brindó su protección autorizándole para actuar en el teatro de *Petit-Bourbon* de París, desde donde pasó, al poco tiempo, al del Palacio Real, beneficiado con una pensión de 7.000 libras.

El *Aturdido*, con cuya obra debutó en el *Petit-Bourbon*; *Las preciosas ridículas*, que le valió un éxito ruidoso; *La escuela de los maridos*, imitación de los *Adelphi* de Terencio; *La escuela de las mujeres*, cuyo argumento se refiere á la vida íntima del poeta; el *Impronta de Versalles*, donde satiriza la ridícula fatuidad y pedantería de los cortesanos de su tiempo, y *Tartufo*, vengándose de las fuertes acusaciones del clero; *El casamiento forzado*, *La Princesa de Elide*, *Don Juan ó el convalidado de piedra*, *El médico á palos*, *Melicerta*, *Jorge Dandin*, *M. de Pourceaugnac*, *El avaro*, *Los amantes magníficos*, *Las mujeres eruditas*, y muy especialmente *El Misántropo*, verdadero ideal de la comedia de costumbres, y *Amphitryon*, en cuya obra superó á Plauto, son otras tantas hermosas producciones de aquel genio sablime, en las que no sólo se admira la originalidad, abundancia de ideas, fuerza cómica y pureza de estilo, sino también la franca naturalidad con que presenta al público los más íntimos problemas de su vida y en las que á las claras se manifiesta, como afirmó Goethe, la experiencia del artista y, sobre todo, la alta cultura del alma del poeta.

La brillante reputación que alcanzó en poco tiempo, los repetidos triunfos que le valieron sus obras y la constante protección que le dispensaba el rey, le proporcionaron rivalidades y envidias, á las que inflexible, al parecer, y sereno, respondía con acertadas y valientes sátiras que aumentaban más y más el odio de sus enemigos; pero tan continuados dis-

gustos, unidos á las infidelidades de su esposa, en quien adoraba, iban á grandes pasos minando su existencia y destrozando violenta y angustiosamente su corazón, hasta que el día 17 de Febrero de 1673, durante la cuarta representación de su última comedia, titulada *El enfermo imaginario*, que era ya por su amarga é indolente ironía la obra de un moribundo, al pronunciar la palabra «juros» de una burlesca ceremonia, fué acometido de una mortal convulsión, que intentó disimular con una risa forzada. Era ésta el último esfuerzo de un alma grande que ni por la muerte se dejaba arrancar la cómica máscara del actor.

V. A. L.

¡EL BIEN SUPREMO!

¡Feliz del hombre que tiene un amigo y una esposa para hacer más llevaderas las cargas de nuestra vida!
¡Feliz del hombre á quien sirven una esposa y un amigo para compartir los goces y las tristuras del mundo!
Poder en sanos consejos de un antiguo camarada hallar lecciones, apoyo, recompensas, acante... Poder en dulces lisonjas de la amante compañera hallar consuelos, halago, esperanzas, dulcedumbre... Soltar la llave lo mismo al dolor que á la ventura; dar las lágrimas al hombre y á la mujer la sonrisa; y tener constantemente dos corazones abiertos para las luchas el uno y para el placer el otro.
¡Oh, qué consuelo más grande para el alma es esparcirse con un amigo que enjunge el llanto de nuestras penas, confiándole con toda la reserva necesaria los proyectos, las angustias, los reveses, los dolores!... ¡y trasladarse en seguida á un edén voluptuoso en donde dos lindos brazos acarician y adormecen!
¡Suspirar con ella á un tiempo y envolverse en un suspiro de amor, como se envolvería un gusano en su capullo!
¡Este es mi ideal sublime!
¡Esta es mi ilusión de joven!

Pero ¡infeliz criatura si con esposa y amigo ni de ella el placer recibe ni de él el apoyo franco; y mientras él caviloso piensa en el áncora de ellos, ellos, lejos de él, se mullen en el mar de sus amores.
¡Pobre del hombre á quien aman amigo y esposa! ¡Nunca!
¡Amigos?... Superficiales.
¡Esposas?... Lo mismo. ¡¡Cuerpo!!

ENRIQUE DE LA VEGA

9 Enero 900.

DESDE BARCELONA

Las ciudades como las montañas ofrecen desde lejos un solo color. Barcelona á distancia parece una población exclusivamente industrial, de una industria prosaica. Al resto de España llegan solamente las pretensiones del Fomento las algaradas catalanistas y los viajeros de telas ó anís.

Los que estudian conocen, aun viviendo lejos de Barcelona, el movimiento literario y artístico de esta ciudad, donde la poesía, entre el humo denso de las fábricas, brota idealista, soñadora, reflejando la belleza de la región levantina.

Rusínol, encarnación del temperamento artístico, Verdager, Guimerá, Oller, Apelles Mestres, Balaguer Pompeyo, Gener, Iglesias, Maragall y otros muchos de los que hablaremos en estas crónicas, son conocidos en toda la España ilustrada, y algunos han llevado triunfantes sus producciones á los teatros extranjeros. La juventud de aquí, extraviada acaso en ideales políticos, presta á la literatura savia nueva y lozana, impregnada de las dulzuras y profundidades de los grandes escritores del Norte.

Aquí, con el mismo interés y tenacidad que se trabaja en los talleres, se trabaja en el estudio. Se adoran las ideas que, como dice Verdes Montenegro, deben adorarse, con el apasionamiento del amante

Follein de LETRAS DE MOLDE 1

LA HIJASTRA DEL AMOR

POR

JACINTO OCTAVIO PICÓN

I.

Entre el edificio de la Armería Real de Madrid y el murallón que se alzaba en lo alto de la Cuesta de la Vega, había media docena de casas viejas sin llegar á ser antiguas, espaciosas aunque no grandes, feas por fuera y destaraladas por dentro.

En una de ellas, que primero se llamó de *los Guevaras*, y después *Casa de pajes*, da principio la acción de este relato. La fachada principal tenía sobre la planta baja un solo piso. El revoque, amarillento y sucio, estaba descascarillado á trechos y ennegrecido en la parte alta por las goteras del alero, y el zócalo de piedra lleno de dibujos torpes y letteros soeces hasta donde llegaba el carbón que servía de lápiz á los chicos. Los balcones se abrían rara vez; sus persianas desvencijadas, sus rodapiés de made-

ra verde, que permanecían á veces volcados meses enteros, los hierros de las barandillas, no pulidos por el roce diario de las manos, sino ásperos, comidos de la humedad, y tres ó cuatro macetas sedientas, olvidadas, demostraban que en aquella casa la vida se reconocía en la parte interior, desde cuyas ventanas se abarcaba un horizonte agreste y dilatado, dominando ancho espacio y mucho cielo. Veíanse, en primer término, el campo del Moro y el cuartelillo de Palacio, tras los cuales se extendía, sobre las alamedas de la Virgen del Puerto, todo el panorama de Madrid por aquella parte; hacía la izquierda, dos ó tres cementerios, dejando resaltar á lo lejos las tumbas blancas sobre los cipreses casi negros; los cerros de San Isidro y una larga fila de lavaderos, figones y ventorrillos, cubiertos de esteras ó pintarrajeados de colores chillones; al frente, la cinta gris y polvorienta trazada por la carretera de Extremadura; á la derecha, la Casa de Campo, el Pardo y la Zarzuela; como término á la aviación de los ojos, las cumbres del Guadarrama, envueltas en la neblina violácea que crea la distancia; y por bajo de todo, absorbido en su lecho de arena, preso entre los arcos de los puentes, el Manzanares, flanqueado de tendereros y tabernas desde la Ronda de Segovia hasta el paso de nivel de la Moncloa. El conde de Elgueta, dueño de la casa, podía, sentado ante su mesa de trabajo, extender la mirada por aquellos campos, que le recordaban otras tierras, frayéndole á la memoria con los surcos y las eras de su pueblo, los tiempos en que no era rico, poderoso ni conde. En las habitaciones de esta parte de la finca, todo era

animación y ruido; allí se oían de continuo los cantares de las criadas, el piafar intranquilo de los caballos en las cuadras, las voces de los mozos, las alegres risotadas de los chicos, el trompeteo á horas fijadas del cuartel inmediato y las sonoras campanadas del reloj de Palacio; en aquellos cuartos era todo luz, alegría y sol. En cambio, los aposentos que daban á la plaza, permanecían siempre oscuros y cerrados, lujosos, pero solitarios y tristes, como si aquel hombre nacido en la pobreza y enriquecido al fin de su existencia, mostrase empeño en vivir mirando al campo y descurrido de la corte. Las salas de recibir sólo abrían de tarde en tarde sus puertas para alguna visita de etiqueta; en el despacho, ricamente alhajado, casi nunca entraba el conde, ni jamás encendían las velas amarillentas por el tiempo y encorvadas por el calor, ni se manchaba de tinta la rica escribanía que formaba juego con los enormes candelabros de plata. El mobiliario contemporáneo de la niñez de nuestros padres, se conservaba nuevo, casi intacto, como cuando se puso obediendo al capricho de adornarlo todo, no según la época en que su dueño era rico, sino con arreglo al gusto del tiempo en que era pobre y deseaba; las cortinas de brocatel, las alfombras de la Real Fábrica de Tapices, las guardamalletas que decoraban los huecos, las sillerías de damasco y oro, todo estaba flamante; pero los relojes puestos sobre las consolas tenían inmóviles las manecillas de la esfera, y el mármol de los veladores parecía velado por una tenue capa de polvo. El sol había deslucido los forros de las colgaduras pendientes ante los balcones, y en las vi-

drieras viejas y verdosas, á poco que soprase el aire entre las juntas de los plomos, se oía un gemir débil y cadencioso como una voz que se quejase en aquella triste soledad. Al otro extremo de la casa el sol penetraba por galerías ó ventanas hasta los recodos de los pasillos y los rincones de los cuartos. En el patio había tiestos; sujeta á los hierros de la polea del pozo una jaula con pájaros, y arraigada en una gran tinaja una adelfa cargada todavía de flores encendidas y frescas como bocas de muchachas bonitas.

Era uno de los últimos días de Septiembre, y caía la tarde. Inmediata al cuarto donde trabajaba el Conde, había una salita en que iba faltando poco á poco la luz. La alfombra que cubría el piso era rica, pero ya muy usada; tapizaba los muros un papel á listas perpendiculares de dos tonos azules, lisa una, aterciopelada otra, y del techo pendía una araña de cristales y bronce, tan lujosa, que parecía arrancada de algún palacio de los sitios reales. En la pared más ancha de la pieza veíanse sobre una consola un niño Jesús con traje de raso blanco y un mundo puesto en la mano á modo de pelota, encerrado en una urna de cristal, con un florero á cada lado. En la repisa del mismo mueble servían de adorno un perrillo faldero disecado, una caja de conchas y dos caracoles filipinos. En el muro opuesto á la consola veíanse dos retratos grabados, con mares de caoba y clavos de cobre en las esquinas; eran el conde de Luchana, sable en mano, al pié

(Se continuará.)